

HACE FALTA ALMA PARA SOPORTAR ESTE CIELO: **MARÍA ZAMBRANO EN LA PIÈCE**

Alfonso Berrocal
aberrocalb@hotmail.com

Resumen: Bajo un enfoque biográfico este artículo aborda los años del exilio que María Zambrano vivió en La Pièce. Para ello, se tratan los epistolarios publicados más significativos y –en alguna ocasión– cartas inéditas pertenecientes a la Fundación María Zambrano relativas a esos años. Este artículo explora su relación con escritores, así como las condiciones en que su figura se iba haciendo presente en España, según se muestra en las cartas, al tiempo que estas ayudan a una más detallada semblanza sobre esta época.

Palabras clave: epistolarios, relaciones literarias, exilio.

Recepción: 25 de marzo, 2021. **Revisión:** 6 de mayo, 2021. **Aceptación:** 14 de junio, 2021.

IT TAKES A SOUL TO BEAR THIS SKY: **MARÍA ZAMBRANO IN LA PIÈCE**

Alfonso Berrocal
aberrocalb@hotmail.com

Abstract: Under a biographical approach, the article deals with the years during María Zambrano's exile while living in La Pièce. It relies on her most significant published collected letters, and –on some occasions– on unpublished letters belonging to the María Zambrano Foundation. The article explores Zambrano's relationship with other writers as well as ways in which her figure started to appear in Spain during that time, as revealed by the examined correspondence. As a result, we arrive at a more detailed account of this era.

Keywords: collected letters, literary relations, exile.

Received: March 25, 2021. **Revised:** May 6, 2020. **Accepted:** June 14, 2020.

Introducción¹

La estancia de María Zambrano en La Pièce y su posterior traslado a la cercana ciudad de Ginebra representan la prolongada antesala de su regreso a España. Una época, por tanto, decisiva desde el punto de vista biográfico aunque no menos fundamental en lo referente a la evolución de su pensamiento. Tal vez este periodo puede contarse entre los que más tiempo permaneció en un lugar, lo que no quiere decir que ofrezca estabilidad a un exilio cuyo rasgo distintivo bien parece la imposibilidad de arraigo. Errante a fuerza de vicisitudes vitales, los niveles de desarraigo y desposesión que encarnan las figuras del “refugiado”, del “desterrado” y del “exiliado” según se presentan en *Los bienaventurados* (2004c: 31-4), admiten sin dificultad ser trasladados a esa constante de su exilio, en que por unas u otras razones, los lugares no pudieron ser del todo habitables. Lo son, al modo de una “multiplicidad de los tiempos” en la que esas figuras se yuxtaponen y configuran en la experiencia del propio ser. Tal vez por eso, a su estancia en La Pièce le debe que acabaran de perfilarse, mientras seguramente no dejaba de prestar atención a los pasos de una comunidad exiliada, que en su conjunto parecía acercarse históricamente a la disolución y al olvido, y ante los cuales el regreso podía constituir una de sus formas.² Algunos poetas afines, Emilio Prados o Luis Cernuda, habían muerto en México unos años antes de que ella llegara a La Pièce. Esa ya larga memoria del exilio –propia y común– unida a las condiciones del lugar pudo dar nitidez a esa “patria verdadera” de la que el exilio es “signo inequívoco” (2004c: 43), tal vez, porque no quedaban

¹ La expresión “Hace falta alma para soportar este cielo” se toma para el título de este trabajo de una carta de María Zambrano dirigida a Alfons Roig (2017: 112).

² Puede verse, en este sentido, el modo en que valoró el regreso a España por ejemplo de Claudio Sánchez de Albornoz o Salvador de Madariaga, a su juicio “grotesco” por sus gestos hacia la monarquía y, por ello, en nada representativo de lo que realmente era el exilio, según le escribió a Elena Croce (2019b: 312).

ya más lugares en que poder encontrar fragmentos de su amparo. Por eso, quizá solo fuera la amistad³ lo único capaz de ofrecer cierta mirada acogedora. Bajo ella, los epistolarios que vamos a tratar se nos presentan como una frágil persistencia de los vínculos que, en el tiempo en que fue habitable, constituyeron la *polis*.

Esta época de La Pièce presenta algunos rasgos que parecen haber cobrado especial relieve en la semblanza general que ha perdurado de María Zambrano. Al menos, si tenemos en cuenta esa síntesis esquemática que presenta la razón poética arraigada en la experiencia mística como punto de tensión crítica con la gnoseología de la tradición filosófica moderna, esa síntesis parece conjugarse bien con la sensación de retiro y apartamiento que ofrece un lugar como La Pièce. Sin duda, una obra filosóficamente impar como *Claros del bosque* y emblemática de este periodo, contiene un fuerte poder evocador, cuando no cierta adhesión, al lugar en que fue escrita. Algunos testimonios califican esta etapa como “probablemente, la de mayor misterio de su exilio” (J.M- Ullán, 2010d: 12) o se refieren tanto a la casa y su entorno como un *habitat* natural y el lugar más genuino de la exiliada (Vid. C. Janés, 2004b: 49). Jesús Moreno Sanz, en sus distintas cronologías, parece aportar también matices que sugieren un fuerte vínculo entre el lugar y el rumbo de su pensamiento (2014: 109-15).

Sin duda todo es más complejo que esta breve correlación entre las contraseñas que empleamos para identificar un pensamiento y sus contextos. Si tomamos –algo enfáticamente– esa imagen de Zambrano es tan sólo para disponer de un trasfondo que permita ubicar aquello que muestran los epistolarios. En este sentido, podríamos recordar lo dicho por Rosa Chacel cuando al justificar la elección de un título como *Alcancía* para sus diarios íntimos, identifica la naturaleza de esos textos con el contenido de una hucha llena de “monedas de tiempo, acuñadas en minuciosos dinares diarios” (1982: 8), cuyo valor reside solamente en su diferencia y singularidad respecto del amplio territorio de la memoria. Las cartas, de forma semejante, recogen también lo menudo de los días,

³ “La amistad es como una patria” le escribe Zambrano a Alfons Roig (2017: 49).

cuyo interés radica también en relación con la semblanza general. Junto a ello, es frecuente encontrar en la comunicación con sus corresponsales la génesis y el destino de esa parte de la obra, aparentemente menor de los artículos, que bien puede seguirse en lo relativo a la presencia de su figura en España antes de su regreso, y algunos de ellos serán los tratados aquí.

Es probable, como señala Elena Laurenzi, que Zambrano fuera consciente del carácter no estrictamente privado de las cartas y que las suyas serían leídas algún día (2019b: 28). Tal vez por ello, algunas reflexiones, acontecimientos o escritos son comunicados por igual a todos sus corresponsales como si se dejara sorprender acuñando una de esas monedas de la alcancía chaceliana. Pero si un rasgo destaca, es que se trata de una forma de escritura capaz de acoger simbólicamente la presencia del otro, más allá de las muestras de amistad. Una presencia que se ofrece a su corresponsal no al modo de la imagen especular, sino como viva comunicación *cordial*. Tal vez por esa razón las decepciones y rupturas conmuevan especialmente ese lugar desde el que escribe hasta imposibilitarlo.

Al llegar a La Pièce las primeras cartas que escribió fueron a Camilo José Cela y a Elena Croce. A Reyna Rivas la escribirá también pronto, en noviembre de 1964, mientras que con Pablo de Andrés Cobos no recuperó la comunicación hasta 1965. El contacto con Lezama Lima no se restablecerá hasta 1967 e igualmente parece que hubo largos silencios entre las últimas cartas romanas y las primeras de La Pièce con corresponsales como Alfons Roig o Juan Soriano, con quienes retomó el contacto en el 68 y el 69, respectivamente. Las cartas publicadas por Agustín Andreu comienzan en 1973 y todavía en 1977 se inicia una peculiar y breve correspondencia con Edison Simons, suscitada por la figura de Lucrecia de León y el interés puntual de Zambrano en la investigación que su corresponsal está llevando a cabo. Éstas quedan algo fuera del alcance de nuestro artículo, pero acaso resulten significativas de hasta qué punto Zambrano cultiva esa comunicación simbólica y cordial con sus corresponsales.

En general, configuran el conjunto de los epistolarios publicados que nos permiten reconstruir la estancia de Zambrano en La Pièce, siguiendo en la medida de lo posible ese mismo orden cronológico. Junto a ellos, las figuras familiares de Araceli y Rafael Tomero Alarcón resul-

tan imprescindibles para entender esta época, como también lo son las amistades que o bien recobran una continuidad en La Pièce o se inician allí. Todas ellas, pues, en mayor o menor medida, de forma constante o discontinua, abrieron un espacio de comunicación en esa época en que, como decíamos, el sentimiento de expulsión aún se hacía sentir profundamente y el exilio revelaba la plenitud de su intemperie.

Un lugar en las faldas del Jura

Ya había cumplido María Zambrano sesenta años cuando un 14 de septiembre de 1964 llegó a La Pièce (J. Moreno Sanz, 2014: 109) en compañía de Araceli, de quien no se había separado desde los últimos dieciocho años. Si a primera vista la aldea de Crozet –de la que esa casa llamada La Pièce estaba algo apartada– puede parecer del todo antagónica no ya con Roma, sino con el vínculo que une a Zambrano con las ciudades, las circunstancias que rodearon su llegada allí apuntan más a la necesidad que a la elección. De Italia habían sido expulsadas en virtud de unas oscuras denuncias por el excesivo número de gatos presentes en el domicilio de las hermanas y que se consumó a pesar de los esfuerzos de Elena Croce por interceder en favor de su amiga (2014: 109). Cuando al poco de llegar le escribe a Reyna Rivas: “tenemos necesidad de que la vida se nos haga posible en algún lugar” (2004d: 151), no cuesta advertir lo extenuante del nuevo comienzo. La muerte de Araceli, ocurrida un 20 de febrero de 1972, será el acontecimiento que determine dos momentos por él dolorosamente definidos. Si el duelo establece otra relación con el tiempo y tal vez con el espacio, allí vivirá todavía hasta 1978, año en que se traslada a Ferney-Voltaire⁴ donde permanecerá dos años hasta instalarse de nuevo de Ginebra (J. Moreno Sanz, 2014: 115).

⁴ De esta breve estancia podemos recoger cierta diferencia de impresiones, la que le produjo a Paloma Prados, sobrina de Emilio Prados, que en carta a Alfons Roig (recogida en los anexos de *Epistolario Alfons Roig – María Zambrano (1955-1985)* por Rosa Mascarell) dice: “Ya se mudó a su pisito a de Ferney-Voltaire. En contra de lo que todos temíamos (y ella también) está muy contenta en su nuevo alojamiento que es cómodo y alegre, y muy tranquilo” (2017: 218). Por el contrario, Zambrano le dirá a Roig sentirse “prisionera” (p. 158).

Los términos que empleaba Zambrano para hablar de aquella casa recogidos por José Miguel Ullán y entre los que podemos citar: “choza”, “catacumba”, “cenobio” o “madriguera” (2010d: 12), cobran cierta literalidad a partir de la descripción que ofrece Aquilino Duque sobre el difícil acceso al lugar por un angosto sendero que desembocaba en “unas casuchas bajas de piedra con establos y pajares de tablas (...) me parecieron no sólo humildes sino inhabitables” (2002b: 80). Igualmente, Rafael Martínez Nadal, una amistad anterior a la guerra que se retoma e intensificará en esos años dado su exilio en Ginebra, se refirió al lugar como una *ferme en deroute*, sin más hospitalidad que la propia de la amistad. Sin embargo, como ya hemos dicho, aquel lugar conformaba a sus ojos un *habitat* propio de Zambrano que la revelaba como “la gran exiliada, figura de exilios” (citado por C. Janés, 2004b: 49).

A lo largo de toda la correspondencia menudean detalles que nos dan la medida de las difíciles condiciones de vida material que debieron afrontar: estufas deficientes, mal estado de la línea telefónica, aislamiento a pesar de la cercanía de una Ginebra visible desde la zona, imprecisa frecuencia del paso del cartero, ausencia de medios de transporte. “Tú no sabes –le escribe a Lezama Lima– lo casi imposible que resulta para mí en estas tierras de la Ilustración hacerme con un libro” (2006b: 151). Por temporadas disparos de cazador, a buen seguro de infausto recuerdo y signo de una “inútil crueldad” como le dice a Roig (2017: 140). No son menores las constantes referencias a los rigores del clima y los cielos acerados, tras el primer invierno escribe a Elena Croce:

Qué dura es aquí la primavera, Elena; dura y bella y fría como una diosa de antes de Grecia (...) cuando las diosas tenían el pecho de piedra (...) pero su frente, dura y llena de alma prometía la inteligencia de las cosas y una vida larga (...) El Jura es una montaña que protege; eso, sí, lo estoy sintiendo pero exige un corazón fuerte y un ánimo sostenido. Y el usar la inteligencia más bien despacio. (2019b: 69)

Todo parece indicar que el traslado a La Pièce estuvo promovido –tal vez sin muchas más opciones posibles– por Rafael Tomero Alarcón, que ejercía de traductor en Ginebra. En ello concurre tanto la imposibilidad de permanecer en Italia como una precaria situación económica. En su

coche viajaron hasta allí no sin algún amargo incidente con las autoridades (Vid. J. Moreno Sanz, 2014: 109). Por cartas a Croce o Roig sabemos que Tomero Alarcón vivió en aquella casa cuyo alquiler sufragó durante un tiempo. Frecuentemente es citado como una ayuda en el orden de la intendencia, dado lo aislado del lugar. Podemos decir, según se desprende de algunas cartas, que Zambrano recurrió a los contactos de su amiga italiana con el fin de mejorar la situación laboral de su primo (2019b: 91). Por su parte, Aquilino Duque, en su novela *Mano en candela*, presenta al personaje que representa a Rafael Tomero como un “ángel tutelar” de las Zambrano, aunque para ensalzar sus virtudes recurre al antagonismo con la figura de las hermanas, dibujadas con rasgos despóticos cuando no pretenciosos. Algo semejante ocurre con la figura de Mariano Tomero, venido de España, para completar el reencuentro familiar y atender a las hermanas, según se dice allí (A. Duque, 2002b: 79-88).

Las familias Zambrano y Tomero Alarcón habían conocido anteriormente distintos episodios de vida en común. Asunción Alarcón –madre de Rafael y Mariano Tomero y tía de María y Araceli– vivió una temporada en Segovia, en casa del matrimonio Zambrano, mientras se preparaba para obtener el título de maestra cuando su hermana, Araceli Alarcón, ya ejercía. Tras la guerra, desde Fuente El Olmo, siguió manteniendo el contacto y brindando ayuda a su hermana y sobrina cuando estaban en París (J.L. Mora, 2019a: 20, 22). Por otro lado –y hasta donde sabemos–, Rafael Tomero no ha hecho referencia escrita alguna a los años vividos en La Pièce, siendo, tal vez, el tiempo de más prolongada convivencia con sus primas en la vida adulta. Su evocación no pasa de los años de la guerra y su estancia en Barcelona o los primeros momentos del exilio, desde los que se retrotrae a pasajes de su infancia o estancias en Madrid (R. Tomero, 1999: 132-4). No sabemos si ello se debe a que las relaciones se deterioraron hacia 1968, al menos en lo que a María Zambrano se refiere, que manifiesta su ruptura con Tomero junto a un sentimiento de abandono que atribuye a lo que parece su permanencia en Ginebra y no en la casa. En cualquier caso, el relato de esa ruptura interesa, más que por su causa, porque nos permite ver a la propia Zambrano explicando, en este caso a Alfons Roig, las circunstancias de su traslado a La Pièce:

Largo de explicar los motivos que nos indujeron a venir aquí, a este *aquí* que es una aldea de tres casas (...) donde teníamos un primo hermano que se crió en nuestra casa y su madre fue como hermana nuestra –hermana de nuestra madre– y al que considerábamos una especie de hermano fiel y bueno. Y no es que no esté vivo, sino que dolorosísimamente y paso a paso, hasta culminar recientemente en algo atroz, se ha llegado a la ruptura total. Lo que ha coincidido con su ascensión (...) en la ONU desde el modesto empleo que antes tenía en otra organización. Nunca nos hemos visto en tan estrecho ni hemos sufrido tan largo (...) Se da la coincidencia de que toda esta ruptura fina y cruel se ha verificado cuando mi situación económica –buena en los últimos años– ha menguado a la mitad de los ingresos y estando mi hermana enferma como le digo. Vinimos aquí llenas de esperanzas y aun de fe, queríamos reconstruir algo de la perdida familia deshecha por las guerras. (2017: 48)⁵

La relación entre María y su primo no volverá a recomponerse hasta 1970 con motivo de la frágil salud de Araceli y su ingreso hospitalario, y quien al parecer no rompió del todo el contacto con su primo. Así, a Pablo de Andrés Cobos, al comunicarle esos episodios, se muestra no ya agradecida sino reconfortada por su “cariño” y “dulzura” (2011: 243). Quizá sea en el contexto de estas oscilantes relaciones familiares y su reconciliación donde encontramos el motivo de la dedicatoria a Rafael Tomero de “La metáfora del corazón” en *Claros del bosque*, libro tan significativo de este periodo y todo él dedicado a la memoria de Araceli.

No menos relevante es su figura en La Pièce. Si parece claro que allí acudieron a un reencuentro familiar, la dolorosa historia personal de Araceli adquiere cierto grado de intensidad en ese lugar. No es posible determinar si la vida allí y en las condiciones que vamos conociendo sirvió para atenuar las fantasmales huellas de ese pasado o si por el contrario las fue agravando a medida, también, que su salud declinaba. Nos referimos a los sucesos vividos por ella en el París ocupado, donde había permanecido junto a su madre, en virtud de la relación sentimental que

⁵ En términos muy parecidos se expresa en carta a Croce: “Sí, caímos en el error de confiar en estas personas, que tanto, durante años anhelaban reunirse con nosotras. En Roma, lo recuerdo, en aquellos tristes momentos, me acudía una y otra vez la idea de buscar una casa en los alrededores y quedarnos allí. Mas no tuve, no tuvimos Ara y yo, aliento” (2019b: 116-7). Y esta misma idea de la reunificación familiar le expone a Pablo de Andrés Cobos (2011: 132).

la unía a Manuel Muñoz, quien por razones políticas fue detenido y encarcelado por la Gestapo y, posteriormente, extraditado a España, donde fue fusilado a finales de 1942.⁶ Según relata María Zambrano en *Delirio y destino* ella partió desde La Habana para reunirse con ambas, aunque a su llegada sólo encontró a una Araceli –su madre había fallecido dos días antes– que había sido víctima también de aquel proceso, de “aquella ignominia que había tenido que ver de degradación del alma humana (...) de la maldad pura que ella quería explicarse y no podía” (Zambrano, 1989: 250).

Aquilino Duque, que visitaba a las hermanas en La Pièce, presenta en su novela, y no sin cierto aire frívolo, algunos de los detalles que pudo conocer relativos a cómo Araceli en París era también investigada mientras buscaba desesperadamente la liberación de su compañero o auxiliarlo en su cautiverio (2002b: 86-7). Refiere también episodios relacionados con terrores repentinos (2002b: 88), de algunos semejantes también fue testigo José Miguel Ullán que parece valorarlos con más mesura: “había entrado en un pozo sin fondo: el de revivir el pasado como si se tratara del futuro inmediato” (2010d: 31).

La figura de Araceli surge de ese pasado doloroso, pero recortada en una serie de fragmentos en que, si no espejea el delirio, se proyecta sobre ellos la vida amorosa de una mujer libre en forma novelesca, *La calle de Valverde* de Max Aub, o ciertos momentos de *Mano en candela* de Duque, son ejemplo de ello. Las cartas nos devuelven en su constante y breve presencia rasgos de la realidad de la persona que en este periodo se manifiesta por su declinar físico, acompañado por la constante atención de su hermana:

⁶ Manuel Muñoz fue militar y miembro de la Masonería, diputado por Cádiz en distintas formaciones de izquierda, siéndolo en la legislatura del 36 por Izquierda Republicana en las listas del Frente Popular. Desde el inicio de la guerra hasta el final del mismo año 36 ocupó el cargo de director general de Seguridad, del que dimitió. Exiliado en Francia fue detenido por la Gestapo en octubre de 1940. Leandro Álvarez Rey, *Los diputados por Andalucía de la Segunda República, 1936-1939: diccionario biográfico*, Tomo II. Centro de Estudios Andaluces, Junta de Andalucía, Sevilla, 2010, pp. 579-589.

Y cuando veas a Ara, que espero sea pronto, te darás cuenta de la devastación que ha sufrido físicamente –moralmente es y ha sido una fortaleza–. Tampoco yo logro levantarme del marasmo en que he caído. La calma, créeme, es ficticia. Había yo olvidado que vivir en medio del campo es estar, como los animalillos que lo pueblan en continuo sobresalto. (2019b: 94)

Se trata de un viaje a Roma pospuesto por motivos de salud, aunque fueron varios los que llegó a realizar. Mientras tanto, la casa y el papel que Araceli juega en ella despiertan algún recelo en María, así, a la altura de 1970 escribe también a su amiga: “lo doméstico es devorador (...) Tengo la convicción de que Ara ha sido devorada por ello” (2019b: 204).

Hasta la muerte de Araceli puede decirse que los deseos por abandonar La Pièce fueron constantes y quien mejor pudo conocerlos fue, sin duda, Elena Croce. Así, en carta de 30 de julio de 1969, le ofrece a María la posibilidad de habitar una villa –o parte ella– en la que vivió sus últimos años Leopardi en Nápoles, en Torre del Greco, llamada *Villa della Ginestra* en relación al poema cuya composición se atribuye a su estancia allí (2019b: 137). Según señala Elena Laurenzi, Elena Croce formaba parte de un comité de ayuda a los intelectuales en el exilio, no sólo españoles sino de otras nacionalidades. Esa casa fue ofrecida al comité por sus propietarios, la Universidad de Nápoles, según se desprende del contexto de la carta en que le hace el ofrecimiento a Zambrano, y en la que se habla también de su necesidad de ser reformada (2019b: 137). Una parte de este epistolario lo ocupa el desarrollo de ese proyecto en el que su generosidad no pudo acelerar un proceso cuyo largo recorrido administrativo, “¡la inercia burocrática es metafísica!” (2019b: 160) –escribe Croce–, sería mucho más lento que el declive de Araceli. Con todo, pudo viajar allí en torno al otoño de 1969 con la finalidad de supervisar la reforma de la casa (2019b: 149) e incluso llegaron a trasladar buena parte de sus enseres a Roma mientras avanzaba el proyecto (2019b: 191). Muestra de las expectativas que generó en las hermanas, así como el valor que tenía tanto el lugar como el proyecto que iba a hacerlo posible, puede comprobarse en cómo a todos sus corresponsales de ese tiempo dio la noticia María Zambrano.

Si se trata de un episodio relativamente conocido, en la correspondencia con Reina Rivas, encontramos otro proyecto –tal vez más cercano a las expectativas de Zambrano que a su posible realización– que muestra más que su voluntad por salir de La Pièce, el no haber tenido que llegar a ella, y que presenta aspectos llamativos. Así, con fecha de 30 de abril 1966, tres años antes de la propuesta de Croce, María Zambrano responde a lo que su amiga había notificado sobre su estancia en un París que le resulta deprimente e invivible. Por el contexto de la carta sabemos que Reyna Rivas se encuentra allí para favorecer los proyectos artísticos de su marido, el pintor Armando Barrios. Por el tono parece querer moderar cortésmente las quejas de su amiga, haciéndole ver que entre los dones que posee: “Tenéis Patria, madre, hermanos y hermanas” (2004d: 148), el destino le ha dado, además, “la posibilidad de elegir”, lo que le sirve para recordarle que en cierto momento les planteó a ambos la posibilidad de convivir con ellos, si hubieran elegido Roma y no París para situar la obra de Armando Barrios:

Cuando (...) buscábamos casa desesperadamente en Roma, a causa de nuestros gatos (...) veíamos casas maravillosas que para las dos familias o entidades hubieran dado albergue (...) Dos ‘entidades’ creadoras cuando se juntan no se suman, ni siquiera se multiplican o se multiplican en el sentido evangélico de la parábola del pan y los peces. Amigos hubieran venido. En Piazza de Popolo vi más personas de las que hubiera visto dando la vuelta al mundo siete veces. Una cosa así atrae, es un foco. Y quizá un día París, ese París que buscabas habría llegado allí llamando humildemente a nuestra puerta. (2004d: 148)

No es imposible que cuando esto escribe albergue la esperanza de que sus amigos pudieran recomponer sus expectativas y trasladarse a Roma, y por eso subraya justo a continuación el magisterio que ambos reconocen en ella, comparándolo con la fidelidad que profesaba a Ortega hasta el punto de renunciar a ir a Alemania por permanecer junto a él (2004d: 148). Vemos así cómo, en esa forma de hacer tomar conciencia a su amiga de la distinta suerte de ambas, está velada una discreta llamada de auxilio. En esa llamativa propuesta de una “comunidad creadora” ofrece Zambrano toda clase de detalles sobre el mobiliario, la biblioteca,

un salón común donde no ha de faltar un piano y una tertulia, formal o espontánea, e incluso hasta los distintos horarios de comida (p. 149). No deja de apreciarse en ello la necesidad de una vida cultural de la que La Pièce también le ha sustraído a pesar de las visitas que pudiera recibir allí. De un modo semejante, en la correspondencia con Reyna Rivas por esos años se ponen de manifiesto las dificultades económicas, bien en la preocupación que constantemente le comunica por mantener el contacto con Fina Gómez y por los plazos del cobro de su beca, bien a través de muestras de gratitud a su amiga por el envío de dinero que sirve para paliar los gastos médicos de Araceli (2004d: 180, 185).

De las pocas cosas que, económicamente, tuvieron cierto carácter sólido y regular fue la pensión que Araceli, en calidad de huérfana de maestros, llegó a percibir por parte del Estado español. Así, según se lee en la correspondencia con Pablo de Andrés Cobos, Rafael Tomero informó a las hermanas de sus derechos, presentándoles un modelo de solicitud (2011: 144). Dicho ingreso pudo materializarse gracias a las gestiones que eficaz y generosamente llevó a cabo en España Pablo de Andrés Cobos. No faltó un pequeño laberinto administrativo que puede seguirse desde noviembre de 1968, cuando Cobos empieza a solicitar la documentación necesaria (2011: 146), hasta octubre de 1969 en que se confirma la concesión de la pensión, la cuantía y los atrasos correspondientes (2011: 192). Tras el fallecimiento de Araceli, es probable que la propia María considerase la posibilidad –hacia 1974– de obtener otra. Recurre en esta ocasión a Agustín Andreu, –según él mismo señala– al que agradece las gestiones por haber iniciado la anulación eclesiástica de su matrimonio, aunque poco después parece desistir al solicitarle por dos veces que la paralice (2002a: 65, 76, 77).⁷

En las cartas que trata el fallecimiento de Araceli, su hermana subraya ese sentido de unidad de la persona que deja la muerte en forma de ausencia y memoria, que no deja de sugerir la imagen de detención luminosa que “vuelve a ser sólo criatura” en esa figura de la que parte “*In*

⁷ Como la propia Zambrano escribe a Pablo de Andrés Cobos con motivo de las gestiones, su matrimonio civil tuvo lugar en el Juzgado Municipal del Distrito de Latina, en Madrid, un 14 de septiembre de 1936 (2011: 159). En los anexos los editores recogen una copia de la partida de matrimonio.

memoriam- El vaso de Atenas” (Zambrano, 1993a: 379) Así a Lezama Lima le habla igualmente de: “una adecuación perfecta (...) como si la historia –de la que murió, pues su dolencia mortal fue la historia– no hubiera existido, intacta”. Es a él a quien confirma que “fue en una clínica psiquiátrica donde murió” (2006b: 160).

Incluso le confiesa: “pero soy yo la derrotada por no habérselo sabido, podido curar” (2006b: 160), en referencia al “delirio de su pasado”. Una línea tan sólo, que no deja de remitir a la estancia de las dos hermanas en aquella casa. A su entierro en el cementerio de Crozet y misa funeral acudieron, según sabemos por una carta a Reyna Rivas, cuatro personas, entre ellas el poeta José Ángel Valente (2004d: 228). Junto a María, cabe suponer que las otras fueran los hermanos Tomero.

Amigos como Pablo de Andrés Cobos consideran que lo mejor para ella es regresar a Roma ante la ausencia de Araceli e incluso le invita a plantearse la posibilidad de regresar a España, siquiera temporalmente (2011: 271). Si, como veremos más adelante, un intento de retorno estuvo promovido por Agustín Andreu, otro posible regreso pudo plantearse tempranamente desde el ámbito familiar. En carta a Juan Soriano con fecha de 30 de junio de 1977, le escribe: “Estoy de parto de irme a... Granada, sí, a Granada con mi primo Diego” (2010d: 145). Afirma que, si la llegada a La Pièce estuvo marcada por el reencuentro familiar, su salida de allí también ha de estarlo, mientras que de su primo añade: “(...) desde hace tiempos y tiempos nos ofrecía a mi hermana y a mí, sabiéndonos rojas, su casa en Granada. Él, conservador sin tener siquiera que molestarse en afirmarlo” (2010d: 145).

No obstante, considera que es de su mujer de quien realmente parte el ofrecimiento y añade que es hija de un magistrado republicano que marchó al exilio y volvió. El lugar sin embargo remite a “la amarga juventud que mi padre dejó en Granada me espantaba desde antes de la guerra civil. Y ahora me llama (...) como si tuviera yo que ir a recogerla” (2010d: 145).⁸

⁸ Un comentario en un sentido semejante le hace a Andreu (2002a:101). Sobre el paso de Blas Zambrano y de su actividad periodística en esa ciudad puede verse, Blas Zambrano (1998), *Artículos, relatos y otros escritos*, ed. José Luis Mora, Badajoz: Diputación de Badajoz.

Conocemos un conjunto de seis cartas conservadas en la Fundación María Zambrano,⁹ todas de Diego a María Zambrano desde 1965 a 1977. Alguna escrita en papel de la Farmacia Zambrano (c/ Reyes Católicos, 12) de Granada, de la que Diego era propietario y según se desprende heredó de su padre (D. Zambrano, 1972: 1). En todas ellas, efectivamente, se reiteran las invitaciones, si bien ninguna parece tener el carácter permanente que acaba de manifestar Zambrano. En relación con los vínculos familiares, Diego narra un viaje a Extremadura en el año de 1975 para conocer los lugares originarios: Segura del León, Fuente del Maestre y sus castillos, de los que envía fotografías. Y como muestras de afecto, en otra carta alude a la visita de “un chico que está haciendo la tesina sobre ti”, así como que su hija, María Dolores Zambrano, va a alternar sus estudios de Derecho con los de Filosofía (1975: 2). Por las mismas, sabemos que tanto Rafael Tomero como Rafael Martínez Nadal visitaron a Diego Zambrano y su mujer, el primero en 1971 y el segundo en 1977, el mismo año en que le da noticias a Soriano. Bien pueden entenderse esas visitas como el interés de María por recibir de ellos –al cabo las personas de más trato frecuente en La Pièce– algún tipo de impresión, desde sus familiares hasta la ciudad misma, con base en las cuales tomar una decisión.

No deja de ser perceptible en esas cartas como un soslayo de la condición de exiliada de María, apreciable tal vez en las formas en que le reitera que es más fácil para ella ir a España que para ellos visitar Ginebra: “a ver si tú que llevas tu quehacer contigo te decides a venir por aquí” (D. Zambrano, 1971: 2), aunque pueda obedecer a un esfuerzo de persuasión o muestra de hospitalidad, también, desde una perspectiva sociológica, pueden tomarse como ejemplo de lo cerca que podía estar el exilio de la inexistencia en la conciencia colectiva de la sociedad española de esos años. Situación que nos lleva, en el plano cultural, a la discontinua y mínima presencia de la obra de Zambrano que en España iba apareciendo por esos años.

⁹ Debo a la amabilidad de José Luis Mora conocer la existencia de estas cartas.

La lenta presencia de los artículos de Zambrano en España

Como se sabe, el primer artículo de María Zambrano publicado en España tras la guerra civil, “Dos fragmentos sobre el amor”, apareció en 1952, en la revista *Ínsula*, en su número 75, correspondiente al mes de marzo. Se debe a Luis Cernuda la publicación de ese artículo, así como propiciar la relación entre José Luis Cano y Zambrano. Si es *Ínsula* una revista impar en la cultura española de esos años y no siendo la menor de las razones su esfuerzo por recomponer la comunicación entre el exilio y la España interior; será también durante esa década de los 50 el espacio en que se acoge con relativa frecuencia la voz de Zambrano (Vid. J.L. Mora, 2006c: 79-112). En las décadas siguientes, ya en el periodo que nos ocupa, otras publicaciones brindarán sus páginas a nuestra autora, y aunque tímida e intermitentemente crece la presencia de su obra de España, no por ello son menos las dificultades. Una de esas publicaciones será *Papeles de Son Armadans*, que dará lugar a una considerable correspondencia con su director, Camilo José Cela. Iniciada en la época romana, una de las primeras cartas escritas desde La Pièce es a él, y quizá la única de las que conocemos en que Zambrano adorna el lugar: “una casita de cuento infantil” (2009: 59) aludiendo al reencuentro familiar como único motivo del traslado. No pierde ocasión para presentar a Rafael Tomero, haciéndole saber que “le apasiona escribir” (2009: 60), invitando a Cela a recordarle de niño, cuando visitaba su tertulia de la Plaza del Conde de Barajas en Madrid.

La visita de un joven Camilo José Cela que daba sus primeros pasos literarios en aquella tertulia dominical será uno de los temas recurrentes de esta correspondencia y su hilo conductor junto a los ofrecimientos constantes del novelista por publicar artículos de Zambrano. Como símbolo de aquella presencia, le hace llegar a Cela copia de unos poemas dedicados a ella, escritos en aquellos remotos años de la tertulia (2009: 64). Esos poemas forman parte de un hallazgo significativo para Zambrano, la recuperación, gracias a un viaje de Rafael Tomero a España, de un conjunto de manuscritos anteriores a la guerra, entre los que se encuentra el breve relato escrito por Zambrano *Después de entonces*, según dice allí, hacia 1933.

Resume el argumento como el retorno a la casa que habitó en Segovia, que no deja de valorar como premonición del exilio. Una descripción suficiente para que Cela se interese por publicarlo en la también incipiente editorial Alfaguara (2009: 65).¹⁰

Estos intercambios cordiales no impedirán a Zambrano hacer valer su memoria de la guerra civil y del exilio. Será a propósito de la lectura de *San Camilo 1936* que Cela le manda y en la que no sólo muestra sutilmente su discrepancia con ser tratada junto a su hermana como un personaje literario al evocar esos años, sino que a propósito de la contienda escribe:

Ahora me duele ese tu libro, (...) rezuma llanto y sangre (...) Te duelen los ojos y haces que a uno le duelan. ¿Es que acaso yo no lo viví? Sí y no. Volví a España desde Chile donde me hubiera vuelto loca por sentir que me estaba 'sustrayendo'. Volvimos cuando se perdió Bilbao –hablo el lenguaje de lo que era y soy–. Estuve en Madrid unos pocos días, viví en Valencia, en Barcelona. Salí a pie con todos, pues éramos un pueblo entero el que salía (...) ¿A qué decirte lo que pasé? (...) mas viví la Guerra de otro modo de como en tu libro aparece, ya sabes cómo. Creo me fecundó e iluminó. Fue amor, comunión. Vi mucho a Miguel Hernández hasta que me fui a Barcelona (...) pues si la pude vivir y la vivo 'así' es porque no la traje ni la propugné, porque la sufrí, yo también como criatura y como persona, y la sigo sufriendo. No, lo que sucede es que la Paz sin hermandad no es paz, es una falacia. (2009: 75-6)

Como puede apreciarse, a la visión descarnada de Cela, que reduce la guerra a un absurdo de brutalidad sin suavizar sus matices macabros, Zambrano opone un sentido necesario a ese dolor, por el cual la pervivencia de lo humano encarnada en la nación o el pueblo se juega en esa tragedia histórica. De ello dio buena expresión durante la misma guerra y seguirá testificando con su exilio de forma semejante –como veremos– a propósito de la aparición del número xxiii de *Hora de España*. Esas pocas líneas fueron acompañadas con el envío –no es casual– de un ejemplar de *La tumba de Antígona*, que Cela recibe exaltando amable-

¹⁰ De la recuperación de esos papeles le ofrece, también con parecido detalle, su relato a Mariano Quintanilla, en la última carta que pudo escribir al amigo de su padre (J.L. Mora, 2010b: 213-15).

mente la nobleza de su amiga (2009: 77). Así, la correspondencia prosigue con el mismo tono amable mientras en *Papeles de Son Armadans* van apareciendo ensayos de este periodo como “El libro de Job y el pájaro” (1969) o “*In memoriam- El vaso de Atenas*” (1973). La comunicación se extingue a mediados de los 70, como si los envíos, colaboraciones y mutuas evocaciones del pasado hubieran ya dado todo de sí entre ambos.

Una muestra de las dificultades que Zambrano encontraba para publicar sus libros en España aparece también en estas cartas. Así, vemos cómo cansada de las dilaciones de la editorial Aguilar en publicar sus *Obras reunidas*, de las que asegura que ha pasado más de un año desde la firma del contrato, en junio de 1970, le ofrece a Cela la publicación de esa obra para Alfaguara, llegando incluso a presentar algunas supresiones (como *Pensamiento y poesía en la vida española*) o cambios en la estructura (2009: 79). Cela responde generosamente, con las cautelas naturales respecto al contrato de Aguilar —que finalmente haría valer sus derechos—, pero no sólo le pide que no suprima nada sino que le invita a añadir más ensayos (2009: 83).

Si la publicación de sus libros en España bordea la desesperación en algún momento como el que acabamos de ver, no son desde luego menores, aunque de otra índole, las que encontraron los autores de los primeros trabajos de recepción crítica de su pensamiento que comienzan en esos años. Es la principal de ellas, al menos para quienes buscan un acercamiento sistemático, la de poder acceder a una obra no ya dispersa en el tiempo, sino en un espacio configurado por su exilio en América y Europa.¹¹ Por lo que se refiere a otras formas de crítica, bien parece, en ocasiones, surgir de forma un tanto circunstancial. Tal es el caso que podemos seguir de los artículos de José Luis Aranguren “Sueños de María Zambrano” y el de Ángel Valente “María Zambrano y el sueño crea-

¹¹ Una muestra la podemos encontrar en una carta en que José Luis Abellán expresaba la imposibilidad de acceder a toda su obra señalado la que ha podido manejar, dificultad ante la cual, la propia Zambrano respondía sin poder ofrecer más que una relación bibliográfica, asegurando no disponer más que de un solo ejemplar de muchos de sus libros (J. L. Abellán, 2006a: 101-5). Una situación semejante, en lo referente a lo inaccesible de algunos de sus libros, la encontramos también en la correspondencia con Roig (2017: 53-4).

dor”, a menudo citados como ejemplos de los primeros esfuerzos por destacar la figura de María Zambrano en España, así como de ofrecer una semblanza de su peculiaridad filosófica, arraigada en una forma de racionalidad especialmente insólita y sugerente en el panorama español de esos años.

En la correspondencia con Croce se trata de lo que parece el rechazo de un artículo de María Zambrano por parte de la *Revista de Occidente*, que había comenzado su segunda época a principios de los años 60. Así, con fecha de 1 de diciembre de 1965, y por un tema distinto del que nos ocupa,¹² se refiere Zambrano a Aranguren y Laín Entralgo en estos términos: “los dos me han hecho saber que ellos no tuvieron parte alguna en lo de la *Revista de Occidente*, ¿te acuerdas?” (2019b: 76), señala también que, a modo de desagravio, Aranguren ha presentado a la misma revista su artículo “Sueños de María Zambrano” (2019b: 76) –que se publicará en febrero de 1966–. Un año después, con fecha del 20 de diciembre de 1966, Zambrano le hace saber a Croce, con detalle de su contenido, que mantiene correspondencia con Soledad Ortega, añadiendo:

Le hacía yo historia de lo ocurrido con tu traducción, con el original de Elémire y con mi propio original. Ella me volvió a escribir lamentando mucho lo ocurrido, que sucedió cuando ella todavía no se había incorporado a la revista. (2019b: 86)

Una carta inédita de Soledad Ortega, conservada en la Fundación María Zambrano, escrita en papel de *Revista de Occidente*, mecanografiada, con fecha del 30 de marzo de 1966 y en la que se dice responder a una del 15 de enero de ese año, podría ser esa carta a la que se refiere Zambrano. A lo largo de sus más de dos páginas escritas con suma cortesía y amabilidad detalla que, en efecto, ella ha desempeñado otras tareas y en lo referente a esta cuestión señala escuetamente:

¹² Se trata de la adhesión de María Zambrano a la petición de no suprimir la liturgia tradicional promovida por el entorno de Croce, ella misma se ofrece a solicitar un apoyo posible –entre otros– de Aranguren y Laín, “católicos liberales”, precisamente por la razón que se recoge en la cita (2019b: 75-6).

He sentido vivamente los incidentes que han ocurrido con lo de su colaboración en la Revista en momentos en que yo no intervenía. Parece que con lo de Elena Croce hay un malentendido y que fue ella quien lo retiró. (S. Ortega: 1966, 2-3)¹³

Nada dice del conjunto al que aludía Zambrano, pero por lo que se refiere al suyo la afirmación es clara. Cabe, pues, la conjetura de que el relato que hace Zambrano a Croce de su comunicación con Soledad Ortega no tenga otro propósito que el de esperar de su amiga algo así como una versión propia que no llega a producirse.¹⁴ Además –y como se aprecia en esa carta de diciembre de 1966– parece un momento bastante delicado ya que Zambrano agradece: “la tenacidad (...) que pones en el asunto de mi primo Rafael” (2019b: 87). Justamente cuando Croce estaba brindando su ayuda en la promoción de su primo.

Si ninguna volvió sobre el asunto, el “malentendido” sirvió al menos –y como hemos dicho– para que aparecieran casi simultáneamente los artículos de Aranguren y Valente. Pero muestra el grado de compleja fragilidad en que la obra de Zambrano se hacía mínimamente visible en España. En este caso, la incertidumbre que debió atenazar a Zambrano hasta obtener una explicación satisfactoria debió ir acompañada por el hecho doloroso de que se trataba, nada menos, que de la revista de su maestro. A pesar de todo, no mostró a sus corresponsales sino la satisfacción por el artículo de Aranguren que, como le dice a Cela, le lleva a hacer “las paces con la *Revista de Occidente*” (2009: 67), mientras que debió asumir como ciertas las explicaciones de Soledad Ortega, pues esas “paces” llegaron con la publicación de “La tumba de Antígona (Fragmento)” en *Revista de Occidente*, en septiembre de 1967. A Croce le dirá que lo ha enviado por no desairar ni a Aranguren –cuyo artículo elogia–, ni a Valente, ni a la buena voluntad de Soledad Ortega (2019b: 112).

“Sueños de María Zambrano” fue leído en España por Pablo de Andrés de Cobos, si bien con una percepción distinta, tampoco exenta

¹³ Debo especial gratitud a Luis Ortega, de la Fundación María Zambrano, por el amable envío de una copia de esta y otras cartas inéditas.

¹⁴ Por un breve comentario no parece que fueran muchas las simpatías de Croce por la revista: “un día tú me dijiste que la *Revista de Occidente* es esencialmente hipócrita, tenías razón” (2019b: 65).

de justicia en su punto de vista de intelectual republicano represaliado, discípulo de Blas Zambrano y amigo de María. Así, en una carta con fecha del 3 de marzo de 1966, le dice haber reaccionado a esa lectura escribiendo a Aranguren “agradeciéndole su noble gesto reparador” (2011: 115), pero de paso advirtiéndole que existen precedentes en la atención al pensamiento de María Zambrano entre los que se cuentan –según cita– Abellán y Julián Izquierdo Ortega, a lo que cabe añadirle a él. De hecho, le hace llegar a Aranguren sus artículos sobre el padre de Zambrano, sobre ella y su libro sobre Machado (2011: 116). Sin embargo, entiende como un signo de arrogancia no haber recibido respuesta todavía (2011: 116). Ante los intentos de Zambrano por justificarlo (2011: 122) responde con una valoración que no es tanto de la persona de Aranguren como de toda una clase intelectual que comenzaba a modificar sus posiciones, razón por la que merece ser citado:

Yo puse en él [Aranguren] una ilusión redentora... que se marchitó inmediatamente (...). Lo que ocurre es que quieren la comodidad de la que han venido gozando hasta ahora, compatible con juegucitos a ser liberales. Del Régimen y de Ortega al mismo tiempo, aunque para ello hayan de declarar católico a Ortega. (2011: 126)

El artículo sobre María Zambrano que Pablo de Andrés Cobos había escrito para *Estudios Segovianos* y que envía a Aranguren, “Noticia de una segovianía de nuestra hora”, destaca porque en ella se adscribe a Zambrano a la generación del 27, al magisterio de Ortega, Unamuno o Machado, insistiendo en la diversidad filosófica propia de la España anterior a la guerra civil (P. de Andrés Cobos, 1969: 223-33). Es decir, presenta a Zambrano en relación con unas fuentes que la guerra ha segado y que sin embargo son parte integrante de su pensamiento.

El enfoque que arraiga a María Zambrano en una tradición cultural y políticamente marcada todavía en esos años 60, no podía ser sólo una opción crítica equivalente a presentar, por poner un ejemplo, los temas del pensamiento de Zambrano en referencia a sí mismos o a problemas generales de la filosofía. Por el contrario, bien puede estar cargada de las mismas ambigüedades políticas que Pablo de Andrés Cobos denuncia en su carta, y que tal vez conforman su punto de vista.

Si el trasfondo último de todo ello es la guerra civil, sobre ella pudo escribir Zambrano con motivo de la recuperación y edición del número xxiii de *Hora de España*, tras haber sido publicados los veintidós números que se conocían. De toda la correspondencia de este periodo es con diferencia el trabajo más citado y del que mayor detalle da a sus corresponsales sin excepción. Igualmente refiere el especial valor personal del contenido de aquel número xxiii que le ha dado lugar a plasmar de forma genuina la experiencia de la guerra, su sentido, el modo de afrontarla.¹⁵ “Acabo de escribir algo que nunca hubiera creído”, le anunciaba a Lezama (2006b: 168).

En aquel número xxiii de *Hora de España* aparecía la semblanza que Antonio Machado había hecho de su amigo Blas Zambrano en la que fue la última entrega de su *Juan de Mairena*, correspondiente al mes de noviembre de 1938. Con la entrada de las tropas franquistas en Barcelona, en los últimos días de enero de 1939, el número quedó en la imprenta sin distribuirse. María Zambrano, que como miembro del consejo de redacción se encargaba junto a Emilio Prados de la edición de la revista, salió al exilio con una copia de imprenta de ese texto de Machado y la semblanza de su padre (Caudet, 1977 XXI-XXXI). Esa copia se la prestó a Federico de Onís en Nueva York para que fuera publicado, “nunca lo hizo, ni me las devolvió” (2006b: 168), resume así María el extravío de esas pruebas de imprenta. En la misma carta a Lezama que citábamos afirma que se negó a participar en la recomposición del consejo editorial de *Hora de España*, pero no a redactar la introducción de ese número xxiii, “que he sentido no podía dejar de hacer” (2006b: 169). Si a través de los años intentó sin éxito recuperar esas pruebas, como le explica también a Pablo de Andrés Cobos, supo que Luis Rosales poseía un ejemplar de ellas (2011: 84-5), lo cual acaso ya podía ser un indicio de que existiera el número completo.

¹⁵ A su regreso de Chile a Valencia en 1937 se incorporó a la revista, formando parte de su consejo de redacción, en ella escribió la mayoría de sus ensayos de este período, lo que supuso también un estrecho contacto con los escritores de su generación. Sobre el destacado papel de Zambrano en esta revista así como sobre los estudios y la reedición de Francisco Caudet, puede verse José Luis Mora (2015), “María Zambrano en *Hora de España*” en Larraz, Fernando (ed.), *Estudios de Literatura, Cultura e Historia contemporánea*, Madrid: UAM, pp. 231-256.

Aquilino Duque fue encargado de transcribir la machadiana evocación de Blas Zambrano para su hija (2002b: 140) que finalmente fue publicada en la revista *Índice* con una nota suya bajo el título “Pérdida y aparición del último escrito de Juan de Mairena”, en junio de 1969.

No obstante, y antes de que fuera publicado y la razón por la que finalmente lo fue, es que Zambrano creyó estar sujeta al compromiso contraído con dichos intermediarios (Rosales, Duque) de recibir la copia a condición de no publicarlo, en la idea, desde su salida al exilio, de que el número xxiii no se había llegado a editar del todo. De esa errónea creencia le sacará Pablo de Andrés Cobos, al asegurarle que existen números xxiii y, puesto que llegaron a editarse, es cabal que algunos lo posean (2011: 168). Francisco Caudet, editor del facsímil de la revista y su principal estudioso, al presentar el número exento, agradece a Camilo José Cela que le facilitara copia íntegra del número xxiii, ejemplar que poseía (1977: XXIX). Es este un último detalle significativo para nosotros, dada la cordialidad, evocación y ofrecimientos constantes de Cela a Zambrano, en cuya correspondencia se alude también a la guerra, como hemos visto, y a los lugares en que se editaba el número, o cómo, puesto que poseía uno, debió ver el nombre de su amiga entre los miembros del consejo de redacción. Sin embargo, no deja de resultar llamativo que Cela no diga nada respecto al número xxiii de *Hora de España* en su poder. Es posible que no supiera de los afanes de Zambrano por recuperar el texto de Machado. Las razones de ello, si las hay, no las podemos conocer. No obstante, parece que algunos de los puentes que el interior tendía al exilio se sostenían también sobre compactos silencios. Quizá ello explica que la correspondencia entre ambos se extinguiera en torno a esos años.

En esa introducción, Zambrano ofrece una de sus más extensas reflexiones sobre la guerra civil, sobre su sentido, según el cual “la suerte del pueblo y la suerte del pensamiento eran una y la misma en España” (Zambrano, 1977: V), ya que en esos momentos de trágica trascendencia histórica se manifiesta al modo de la “revelación” una verdad humana sentida unitariamente con la razón y la esperanza, y que se expresa especialmente en la poesía, en una “conciencia poética” capaz de vincular al

hombre con su propia verdad, plural en dimensiones: “también en la del mal, en la de la traición, en la del crimen” (1977: XI). De esa fe en el ser humano y de esa conciencia poética *Hora de España* es ejemplar.

Rafael Dieste, una de las figuras fundadoras de *Hora de España*, escribió a María Zambrano a propósito de la reedición y formación del consejo y también comentando aquella presentación del número XXIII. Si mostraba sus coincidencias, especialmente afín se declara con esas connotaciones de carácter religioso sobre el sentido de la guerra que dice compartir y a las que añade algún matiz propio:

(...) había santidad y había además la nostalgia del fundamento, religiosa también, y la ‘locura’ –tal vez sagrada del sacrificio sin Promesa... Mientras ‘del otro lado’ todos irían al cielo y pregonaban sin pudor su guerra no como santa (...) pero sí como Cruzada y en defensa de la Cruz. (R. Dieste, 2010c: 268)

**“Y creyó siempre en lo mismo,
en el rayo que no cesa, y el amor que no acaba”:¹⁶
Cartas a Agustín Andreu y Alfons Roig**

Si el sentido último de la guerra civil está marcado por la fe en la plena realización humana trágicamente cegada, la correspondencia con los sacerdotes Alfons Roig y Agustín Andreu –que lo era en el momento de conocer a María Zambrano– no sólo ofrece aspectos de la singular y compleja religiosidad de nuestra autora, sino que en uno de los casos –como veremos– incide también en cuestiones relativas a la guerra y su “conciencia poética”. Roig y Andreu aparecen –al menos a ojos de Zambrano– como maestro y discípulo cuando ambos por razón de estudios viajaban a Roma, siendo Roig el primero en conocer a Zambrano.

Se ha señalado que Alfons Roig, un año menor que Zambrano, por propia e insólita iniciativa comenzará desde finales de esos años 50 a establecer una serie de contactos con escritores y artistas del exilio (Mascarell, 2017: 8). Así, su primer encuentro en Roma se debe a una no

¹⁶ “Presencia de Miguel Hernández” (Zambrano, 2007: 187).

menos insólita intención: “pedir perdón por el abandono de la Iglesia a los católicos republicanos” (2017: 15). Lo cual no deja de contrastar, al menos desde el punto de vista generacional y de las expectativas de cada uno, con el modo en que Andreu refiere su primer encuentro con la pensadora: “he tenido que cumplir muchos años para entender la mirada larga con que observaba a aquel clérigo, que naturalmente algo de apostolado tenía que desear hacer con la exiliada” (2002a: 16).

Si disponemos de un largo y completo epistolario entre Roig y Zambrano que va desde la época romana en que traban amistad hasta la muerte del sacerdote, en el caso de Andreu sólo disponemos de las cartas escritas por Zambrano en un periodo de tiempo comprendido entre 1973 y 1976, ello por decisión del propio Andreu, editor de las mismas y por ello tituladas *Cartas de La Pièce*. Las razones para no ofrecer las propias no van más allá de lo que declara al principio: “hacer de filólogo de sí mismo es despreciable tarea, si posible” (2002a: 13). En su lugar presenta una amplia contextualización de las cartas, mayoritariamente de carácter doctrinal, así como anexos y unas finales “Anotaciones epilogales a un método o camino” cuyo propósito bien parece presentar esas cartas y los textos de Zambrano recogidos en un sentido determinado: “María Zambrano es ya un ‘locus theologicus’ de la filosofía en su relación con los fenómenos religiosos en varia forma” (2002a: 22).

A pesar de ser un breve periodo de correspondencia, la frecuencia e intensidad con la que escribe Zambrano puede atribuirse a que Agustín Andreu está inmerso en la composición de un tratado sobre el Espíritu Santo que parte, entre otras fuentes originarias, de la filosofía alejandrina y su forma de entender el Logos, y del cual va enviando capítulos y cursos a su corresponsal (p. 17), una serie de textos que tampoco conocemos, más allá de las notas del propio Andreu a las cartas.

Zambrano acoge esos envíos con verdadero entusiasmo y solidaridad desde su propio proyecto filosófico, inclinado a rescatar de las distintas tradiciones aquellos elementos vigentes capaces de ser confrontados a la reducción de la racionalidad a lo meramente metódico, discursivo o instrumental. Así, dicho brevemente, las corrientes del pensamiento cristiano, su compleja relación y persistencia en él de la filosofía grie-

ga, la gnosis o el neoplatonismo, las siempre complejas relaciones de la mística no ya con la filosofía sino con la propia teología en tanto que cuerpo sistemático, configuran esos espacios de heterogeneidad, actuales no tanto por su forma histórica sino por su sentido de experiencia de lo humano y, precisamente por ella, dignos de integrarse en la filosofía de un modo adecuado.

En buena medida lo escrito por Zambrano en estas cartas tiene esos marcos referenciales al hilo, según cabe suponer, de los diversos textos que Andreu le va enviando. Cobran, sin embargo, especial intensidad entre el comienzo de año y mediados de 1975. Incluso, como se aprecia en la carta octava, con motivo de lo que allí es designado como “un diario teológico-filosófico”, Zambrano acepta lo que debió ser la sugerencia de establecer un código de colores para indicar los distintos grados de valoración: “El verde indicará lo más alto, hermoso (...) el negro, lo que deba ser abandonado” (2002a: 53). La propia Zambrano llega a referirse a este diálogo teológico-filosófico, si así puede llamarse, como una “relación-Philía”, lo que no le impide distinguir sus respectivas posiciones: “Yo parto ‘a lo filosófico’, de la oscuridad, hasta de los sueños (que en mí no son psicología), de la ignorancia, de una revelación metafísica que obliga a pensar. Tú partes de la revelación divina en la Teología” (2002a: 229).

Y si van precedidas de la afirmación de que aun siendo opuestas no tienen por qué ser contrarias, muestran nuevamente esa adhesión del pensamiento de Zambrano por reunir sin anular toda forma de experiencia humana. Otra observación de Zambrano parece trazar un límite claro entre el ámbito de su pensamiento y el de su fe: “En efecto, nunca quise fungir de tal [intelectual católico]. Ya te conté mi negativa a figurar en el consejo de Cruz y Raya, cuando Bergamín me lo pidió muy al principio”¹⁷ (2002a: 181).

Si damos relieve a estas señales respecto a la propia posición de Zambrano en materia de fe o de teología, no es tanto con referencia a los temas de la correspondencia que a lo sumo sólo podríamos tatar de forma

¹⁷ El motivo de este comentario parece que vino propiciado por alguna observación de Andreu sobre Aranguren y alguna omisión que este ha hecho respecto a Zambrano –según el contexto de la carta–.

depauperada aquí, sino porque tal vez ese lugar –es sólo una conjetura– puede explicar, junto a otros aspectos, el fuerte desencuentro entre la filósofa y el teólogo y con el que acaba esta correspondencia. Así, si en todo el intenso diálogo espiritual encontramos animadas sugerencias a Andreu para que publique su tratado (2002a: 170), en cierto momento el propio Andreu parece proponer publicar algo juntos: “El que colaboremos en un libro, el que hagamos un libro juntos lo veo en el aire, planeando, acercándose. Mas ya llegará” (2002a: 198). Casi a un mismo tiempo aparece la posibilidad de regresar a España, así en carta de 23 de febrero de 1975, escribe Zambrano:

Quiero contestarte (...) a tu oferta de que vaya a la residencia tuya cuando se reanude por allí convivir con jóvenes y enseñar filosofía junto contigo, para dar todo y todo lo mejor que pueda, digo yo, si Dios me lo acuerda.

Sí, sí, sí.

(Hay que decir a cosas así tres veces sí, o no)¹⁸ (2002a: 189)

En carta siguiente esboza incluso el plan de su instalación en la localidad de Pedralba (2002a: 195). Meses después y sin que podamos precisar qué grado de relación tiene con este posible plan de retorno, Zambrano escribe una dura carta a Andreu con fecha del 4 de junio de 1975. Habla en ella de “misivas abruptas e insolentes”. Sin decir de qué tipo son, se refiere a temores que albergaba desde el principio en su “relación-Philía” con él. Y añade que no puede “aceptar ese trato. No puedo ser tu cómplice. Es asunto grave” (2002a: 201). Si tiene que ver con esa propuesta de publicación y los textos que ha enviado Zambrano a Andreu o si tiene que ver con su regreso a España, si hay relación entre ambas cosas o si no existe ninguna es algo que no podemos saber dada la forma en que se presentan las cartas. Sabemos tan sólo lo que afirma Zambrano, que parece circunscribir los temas tratados a la persona de su corresponsal, volviendo a hacer patente las distintas posiciones de ambos:

¹⁸ Según parece, antes de este intento, Roig y Andreu también habían propuesto llevarla a la ermita de Llutxent, a dar unas conferencias y cursos, acompañada de Valente, según nota de la editora. En carta a Roig, Zambrano lo rechaza por considerar que la aparición de su introducción a *Hora de España* xxiii no le favorece (2017: 96).

Pues si he soportado tanto y tanto ha sido al haber creído en ti como hombre de pensamiento religioso (...) por querer anónimamente servir al Espíritu Santo en tu pensamiento por verlo y sentirlo así (...) Se trataba para mí de una teología religiosa y no eclesiológica ni por tanto política ni historizante. En el punto más alto, en la absoluta trascendencia del humano pensar. “Tal veía, sentía yo tu tarea”. (2002a: 201)

Así pues, defraudadas estas expectativas, por las razones que sean, le hace relación minuciosa de cuanto quiere que le devuelva o destruya:

Te pido que me devuelvas mis Notas. ‘Nota Método’ y ‘Nota Esquema’ (...) Que reduzcas a cenizas mis cartas a partir de que se trata del libro o mejor: desde tu vuelta de la primera estancia en esta choza (...) Que me devuelvas la fotografía de mis diecisiete años (...) y que quemes los apuntes de tus libretas de La Pièce. *Todo ello te lo di en un recinto del que te has salido. No es lícito que lo conserves.* Y tú me dirás qué he de hacer con tus cartas y tus escritos. Nada te digo de mi dolor múltiple, ni del inmenso *esfuerzo que he hecho para proseguir en mi lugar y camino.* (2002a: 203. Subrayado nuestro)

Cierta reconciliación llega, sin embargo, un 14 de junio de 1975, apenas diez días después y no parece tener otro fin que el de satisfacer sus peticiones. Se advierte, sin embargo, un ligero giro en los temas aunque sigue recibiendo textos de Andreu y comentándolos –acaso con un tono más técnico– (2002a: 228-9). Reaparece la posibilidad de volver a España, puede que, en relación con la ya referida, pero en forma de acudir a dar unas lecciones sobre pensamiento cristiano, invitada por el Decano de la Facultad de Teología de Valencia (2002a: 243) que tampoco se realizará: “no tengo salud ni sé cuándo la tendré, fuerzas para afrontar lo que es para mí volver a España por primera vez y volver precisamente de este modo” (2002a: 275). A la altura del 20 de octubre del mismo año y como si estuviera esperando para encontrar un momento propicio para reformular su demanda, vuelve a hacer a Andreu la petición de que sus escritos y cartas le sean reintegrados o destruidos (2002a: 284), ante lo que vuelve a fracasar. La última carta recogida por Andreu tiene fecha de 1 de abril de 1976.

Tardará tiempo en comunicar al sacerdote Alfons Roig su ruptura definitiva con Andreu, lo que hará ya en 1977: “No sé si alguna vez te he

comunicado que hace ya tiempo que no mantengo relación alguna con A[gustín] Andreu. De viva voz, no te diría mucho más” (2017: 155). Nada encontramos sobre esta ruptura en otros epistolarios. Una de las figuras que recorre este epistolario con Roig en estos años de La Pièce es la del poeta Miguel Hernández, por cuya amistad con Zambrano se interesa Roig vivamente, y que presenta también un perfil de la religiosidad de Zambrano.

De ese interés surgirá un texto titulado primero “Breve noticia acerca de Miguel Hernández” y que posteriormente se convertirá en el artículo “Presencia de Miguel Hernández”, testimonio no sólo de la amistad que le unió al poeta desde sus primeros viajes a Madrid, sino también de su evolución, en la que para Zambrano no hay ruptura entre el sentimiento de comunión que muestra el poema “LA MORADA-amarilla” (surgido del ambiente católico-conservador de Orihuela y publicado en las páginas de *El Gallo Crisis* y a ella dedicado) y el Hernández de la guerra; presentando como un *creyente* en la comunión y en la comunidad por la que combate y escribe. El artículo sobre Hernández está dedicado a Roig, y sin duda parece satisfacer su interés: “por su *talante* religioso. Me figuro que como los mejores no sería muy amigo de la Iglesia (eclesiásticos) Católica” (2017: 89).

También este texto sobre Miguel Hernández hubo de recorrer una serie de vicisitudes para ser publicado, como vemos en las cartas. Si su primera versión pudo ser escrita en el verano de 1974 no será hasta un 9 de julio de 1978 que se publique en *El País* –con dedicatoria–,¹⁹ tal como era el deseo de Zambrano. Entre medias se contempló *Ínsula*, una traducción al francés (2017: 143), *Cuadernos para el diálogo* (2017: 145), *Papeles de Son Armadans* y *Revista de Occidente* (2017: 151).

El artículo sobre Hernández tiene, pues, una particular motivación, pero por esta época se dan también algunas significativas evocaciones sobre los poetas de su generación. “Pensamiento y poesía de Emilio Prados” aparecerá en *Revista de Occidente* en 1977, donde recupera algunos de los temas ya presentados en el capítulo que le dedica en *España sueño*

¹⁹ La dedicatoria dice: “A don Alfonso Roig, que en tiempos de impenetrable oscuridad dio aliento de vida y palabra verdadera con la obstinación del agua” (2017: 182).

y *verdad*. “El viaje: infancia y muerte (sobre un poema de García Lorca)” publicado en *Trece de nieve* un año antes, encuentra su génesis en la amistad con Rafael Martínez Nadal. Desde *La Pièce*, Zambrano pudo seguir de cerca el proceso publicación de los inéditos de Lorca que poseía Martínez Nadal, uno de ellos el poema del que trata su artículo, pero también *El público*, de cuya polémica y fricciones con la familia por su contenido homo-erótico da cuenta –en defensa de su amigo– a Lezama Lima (2006b: 153) o a Andreu (2017: 117) entre otros. Y quizá el artículo sobre Lorca pueda leerse como una pequeña adhesión a Martínez Nadal. También, y en la medida en que ofrece una visión de conjunto y a su modo “discrepante” con lo esperado en un aniversario, cabe destacar su “Acerca de la generación del 27” publicado en *Ínsula* en 1977. Allí manifestaba su desacuerdo con la teoría de las generaciones porque ofrece un espejismo de continuidad ante las rupturas históricas, siendo la española una historia “pavorosamente discontinua” (Zambrano, 2007: 159). Pero también porque en esos momentos decisivos alumbrados poéticamente confluyen distintas generaciones, por lo que el 27 en torno al homenaje a Góngora resulta restrictivo, y por ello merecen ser recordados o incluidos poetas del exilio, de la generación siguiente como Emilio Prados, Juan Rejano, Hernández o Herrera Petere,²⁰ todo ello con el fin de incidir en que “esta generación con sus predecesores y sus consecuentes es la de la República, la del 14 de abril de 1931” (2007: 162).

Principio y fin de una amistad: a modo de conclusión

El motivo por el que Zambrano vuelve a escribir a Lezama Lima desde *La Pièce* en 1967 no parece otro que el de presentarle al poeta José An-

²⁰ La relación de María Zambrano con Herrera Petere tuvo por escenario también *La Pièce* y Ginebra como lugar de trato frecuente tras guerra. Algo desdibujada ha quedado la figura de este escritor. Las palabras que Zambrano envió para que fueran leídas en su sepelio un 11 de febrero de 1977 “Adiós a Petere”, así como el escrito “En la distancia” sirvieron de prólogo a la reedición de su novela *Cumbres de Extremadura* en 1986. En una carta a Andreu hace una breve semblanza de él así como de sus dotes para la guitarra y el canto (2002a: 226).

gel Valente, que viajará a La Habana como miembro del jurado de un premio literario, prolongando allí su estancia. Este viaje dará inicio a su amistad con el poeta cubano, afinidad de la que Zambrano está convencida: “Y me alegra que este encuentro se verifique teniéndome presente como si los presentara y no por azar. Espero que Valente me traiga noticias tuyas” (2006b: 135).

Valente y Lezama serán dos interlocutores fundamentales para Zambrano. Por lo que respecta a este tiempo, las cartas entre Lezama Lima y Zambrano permiten ser leídas como la comunicación de dos soledades, así la de Zambrano en *La Pièce* se la representa Lezama con simbólicas comparaciones con Nietzsche “en esos ventisqueros suizos” (2006b: 143) o con Rilke “segregando él mismo su soledad como la seda y el diamante” (2006b: 146). En la dignidad de esa soledad que encarna Zambrano aspira el poeta a reconocerse ya que en la suya propia pronto se filtran las circunstancias que lo reducen a un sentimiento de exilio interior, acompañado de noticias del exilio de amigos y familiares en Miami (2006b: 144): “Después llegaron los tiempos del cautiverio y de la dispersión. Pero ninguno de nosotros se debilitó, aunque tengamos que llegar al silencio, este inventaría el misterio de sus nuevas letras” (2006b: 162).

En este contexto surgen evocaciones de la presencia de María Zambrano en Cuba que a la luz de los acontecimientos no dejan de expresarse como una identidad y comunidad de dolor: “Yo creo que los últimos años que han pasado uds. y nosotros son muy semejantes, sencillamente terribles” (2006b: 14). Y es quizá de esa situación en la que ambos se reconocen en distintas formas de exilio es de donde surge el poema de Lezama “María Zambrano” que le envía en carta de 7 de abril de 1975 con la sugerencia de que sea publicado en España. Se trata de una evocación de las hermanas Zambrano en la que los gatos son un largo motivo simbólico y en el que se hace patente las huellas de su exilio y el lugar en que arraiga su pensamiento: “la he oído conversar desde Platón hasta Husserl/ en días alternos y opuestos por el vértice” (p. 180). Un envío que Zambrano agradece con un símbolo de amistad, pues dice escribir en un papel recuperado de entre sus carpetas y que había sido comprado

en La Habana, comprometiéndose a que sea publicado en *Ínsula*, a través de Valente (p. 182-3).

Si Valente será un valedor de la obra de Lezama en España, no será menor el diálogo que establece con Zambrano en esos años, para quien no sólo representa lo mejor de la poesía española tras la guerra, sino que a sus ojos es también una especie de exiliado como le manifiesta a Croce (2019b: 225). En estos años aparece como una presencia constante en la correspondencia y proyectos esbozados con Lezama o con Andreu. Zambrano media, incluso, en una pequeña discrepancia entre Valente y Cobos a propósito de Machado (2011: 223). E igualmente Valente trabajará por defender la obra de Zambrano en España a través de artículos, “María Zambrano y el sueño creador”, *Ínsula* en 1966, reseñas: “La respuesta de Antígona” en *Papeles de Son Armadams*, 1969, o la traducción de Emile Cioran “María Zambrano: una presencia decisiva”, publicada en *El País* en 1979 (Valente, 2014: 852). Del mismo modo propicia el encuentro entre María Zambrano y José Miguel Ullán, quien a su vez grabará una entrevista radiofónica (2010d: 52). Sus afinidades confluyen en la mística, el poder gnoseológico de la palabra poética y su diferente trato con lo real respecto a la filosofía, el silencio como una fuerza creadora. Sabemos que Valente colaboró junto con Joaquina Aguilar en la ordenación de *Claros del bosque*,²¹ cuyos aspectos formales sugieren su huella. También se han señalado algunas diferencias respecto al grado de consideración del amor carnal en relación con la trascendencia y lo divino (J. I. Eguizábal, 2004a: 147-56). De esas coincidencias aparecen muestras en la correspondencia recogida entre Valente y Zambrano por M.^a Aránzazu Serantes, en la que Valente envía textos acerca de la palabra poética y su sentido (2008: 322) o fragmentos de no menor sentido místico que tienen por motivo figuras de *La Cábala* y que compondrán luego su libro *Tres lecciones de tinieblas* (2008: 324-6). Y junto a ellos, postales de distintos lugares, una de ellas llamativa pues permite suponer que visitó la *Villa della Ginestra* (2008: 321).

²¹ A menudo se queja de Zambrano de la dilatada espera en la edición de esta obra. Como vemos en carta a Alfons Roig: “han cometido una falta (...) en el lugar donde más podía dolerme, colocando la acción de gracias a la Fundación Fina Gómez inmediatamente debajo de la dedicatoria a Araceli. ¡Años he pasado diciendo que debía ir en una página sola!” (2017: 159).

Sin embargo, la amistad entre ambos no parece estar destinada a perdurar más allá de los límites en que Zambrano permaneció en La Pièce o Ginebra. Así, ya desde Madrid, en 1987 Zambrano le escribe acusando su falta de comunicación y en nombre de su antigua amistad le solicita la devolución del manuscrito de *Claros del bosque* por la razón de que marcó con una raya, en el fragmento de “el dios oscuro” que estaba escribiendo, el momento en que le comunicaron la muerte de Araceli. También por ella sabemos que Valente conoció antes que la propia María la noticia de la muerte de su hermana, y de algún modo tanto la evocación de La Pièce como la petición que le hace parecen velar una llamada para que recupere un contacto con ella (2008: 327-6).

En febrero de 1991 Valente publicó “La doble muerte de María Zambrano”, en el diario ABC, tres días después de su muerte. Una semblanza de María Zambrano y de Araceli, pues todo el texto no propone sino un intercambio de identidades cuyo escenario es La Pièce y cuyo ambiente, el delirio en forma de los terrores de Araceli (persecución de la Gestapo, los gatos), son traídos a un primer plano: “Representaba una la belleza; la otra, el pensamiento. Eran papeles asignados que el tiempo, sin piedad, había ido arruinando (...) Su mundo era el de la posesión frustrada: por eso había en ellas algo amargo, patético y terrible” (Valente, 1991: 3).

De su relación con ellas no dice otra cosa que “Era necesario defenderse, llevar un amuleto para neutralizar el negro poder de los conjuros” (1991: 3). Y por lo que respecta a María añade:

Cuanto había escrito o conversado sobre la palabra o la virtud de la palabra de nada le servía. No supo nunca realmente cuál era el contenido del amor o de la muerte. Retablo ciego el suyo. Jamás entró, por terror, al fondo oscuro de la humana experiencia. (1991: 3)

Causa ciertamente perplejidad leer semejante necrológica. Una entrada del diario de Andrés Trapiello recoge la indignación que causó en Ramón Gaya el día que fue publicado, pero también ofrece una explicación más que plausible: “(...) Se conoce que le debía demasiado; por lo que se ve en este artículo, le debía tanto que no podía soportarlo” (2001:

133).²² En una entrevista recogida tras su muerte, el poeta habla de su distanciamiento de María Zambrano:

La María que sigue después produciendo textos es una María que repite cosas (...) En el ámbito personal se produjo también un gran distanciamiento. Empecé a descubrir elementos en la persona de María que entraban en fuerte discordia con los postulados teóricos. Ella no igualaba la vida con el pensamiento (...) Luego cuando ella vino a España mi relación fue de gran abstención por mi parte, y además se prestó a una operación falsa (...) Hizo de último mohicano. (Valente, 2000: 141)

También es significativo el caso de Aquilino Duque. Frecuentó a Zambrano en esos años, una amplia colección de postales de sus distintos viajes (Praga, Brujas, la India, entre otros lugares) se guarda en la Fundación María Zambrano, una desde Roma desde el restaurante Da Schizzo, con fecha de matasellos del 6 de mayo de 1971, recoge los saludos de los comensales y entre otros: Alberti, María Teresa (¿León?), Luis Rosales, su mujer, que debieron firmar a petición suya (A. Duque, 1971: 1), también desde Roma escribe una carta (7 de agosto de 1971) con la que envía un libro suyo y fotografías, escribe a máquina:

No me tienes que decir nada, tú sabes que yo sé cómo va La Pièce y lo único que deseo es que mi envío te haya hecho compañía durante algún tiempo. De eso al fin y al cabo vivimos los que estamos lejos de todos y de todo, o quizá por eso mismo más cerca de todo que nadie. (A. Duque, 1971: 1)

Y de nuevo desde Roma, con fecha anterior (11 de marzo de 1971), esta vez en carta manuscrita, parece identificar afectivamente su aislamiento con el de su corresponsal, le da noticias de sus publicaciones, de sus expectativas o de un viaje a Filadelfia y un encuentro con Ferrater Mora (A. Duque, 1971: 1-3). Es decir, muestras de afecto y afinidad que mucho tiempo después no se puede decir que perduren en una novela como *Mano en candela* (2002). Allí, sin embargo, la conversión de las

²² En sus “Anotaciones epilogales a un método o camino”, Andreu da una explicación: “La entusiasta y fijada manera como María nos quiso meter en sus ‘azequias’, la sintió abusiva. Dejémosnos de anécdotas que en todo caso valieron para dar pie a la declaración de independencia...” (2002a: 365).

hermanas Zambrano en personaje literario, así como los episodios de su vida que por ellas pudo conocer, especialmente los relacionados con Araceli, pasan por todos los trazos de una caricatura excesiva, no sin elementos comunes a lo expresado por Valente en su necrológica.

Sobre la amistad escribía Zambrano a Andreu a propósito de sus encuentros con Rafael Martínez Nadal, al tiempo que le da noticia del origen de su relación: “¿Por qué será que siempre que hablo con alguno de los muy pocos que me quedan amigos de aquellos tiempos, nos reímos? Sí teníamos el tesoro de la risa” (2002a: 119). Seguramente no quepa aludir como única explicación a rasgos generacionales cuando en el universo de relaciones personales de María Zambrano encontramos estos desencuentros. Pero cabría preguntarse, no obstante, en qué momento del reconocimiento literario de Valente, Zambrano ya “repite cosas”. O qué clase de relación política con la memoria y el pasado –entre lo ficcional y lo anecdótico caricaturizado– subyace en *Mano en candela* de Aquilino Duque. Por qué cuestiones de índole religiosa llevan a un choque con Andreu, pero no con Dieste ni con Roig. También la cuestión de por qué la comunicación de su soledad y exilio se muestra más genuinamente con Lezama Lima que está en Cuba, que con un Camilo José Cela dispuesto a nutrir su revista con los mejores escritores del exilio. ¿Qué distinto valor –también tejido de memoria personal– encuentra Zambrano en la obra de Pablo de Andrés Cobos que no termina de ser reconocido por los agentes culturales de la España en la que escribe?

En cualquier caso y más allá de las relaciones personales, Zambrano tuvo plena conciencia de esa enorme brecha abierta entre las generaciones españolas a partir de la guerra y el exilio se extiende en todas direcciones. Buena prueba de ello es lo que le escribe a José Luis Abellán, en relación con la filosofía, cuando recibió una obra fundamental desde el punto de vista de la recepción académica de su pensamiento como *Filosofía española en América 1936-1966*:

Lo que no sé es que si serán muchos los que se den cuenta de que este libro mesurado, objetivo, es uno de los libros más dramáticos que puedan leerse hoy en día (...) Y el drama que fue, que es, para España y para nosotros el habernos tenido que

realizar fuera me parece aún menor que el de esas generaciones que nos siguen (...) Esos que nos siguen no han sido ya formados en España fundamentalmente por maestros españoles. Qué contrasta entre, por ejemplo, Gaos y yo misma, los dos productos indígenas, *Made in Spain*, lo que quiere decir simplemente que se podía estudiar filosofía entre nosotros, que teníamos padres, hermanos. Es simplemente atroz que las nuevas generaciones tengan que emparentarse con Heidegger, Sartre, Jaspers... Comprendería usted que este lamento no quiere expresar un sentimiento nacionalista, ni casticista. El pensamiento es universal. Mas a esa universalidad se llega naturalmente desde una tradición. (Abellán, 2006a: 109-10).

Quizá algunos de los que encontraron a María Zambrano en *La Pièce* puede que inevitablemente percibieron antes lo “exótico” del lugar, la apariencia de bucólico retiro a los bosques en busca del ser, que los pasos por los que había llegado allí. También en *Claros del bosque* encontramos –supuestamente desprendida de circunstancias históricas– una reflexión sobre la *discontinuidad*: “(...) del tiempo mismo que transcurre a saltos, dejando huecos de atemporalidad en oleadas que se extinguen, en instantes como centellas de un incendio lejano” (Zambrano, 1993b: 17). *La Pièce* es un hiato difícil y doloroso entre un exilio inacabable y un regreso que todavía solamente centellea en lo posible. Si Abellán hablaba del exilio de las hermanas Zambrano como: “dos seres marginados por la vida y en medio de su estrechez llama la atención la heroica disposición de la filósofa luchando por su pensamiento” (2006b: 56), esos rasgos de fortaleza y defensa de su propia obra son especialmente visibles en *La Pièce*. No hemos querido sino subrayarlos, porque quizá ellos completan, con su genuina señal de resistencia, la semblanza biográfica de María Zambrano, podemos decirlo también con palabras de Ramón Gaya:

A María todos hemos tenido alguna vez la tentación de suponerle un algo, y hasta un mucho, de... Sibila o de Pitonisa. Hoy no lo creo propiamente así, ya que sería, hablando mal y pronto, como decir una verdad que al mismo tiempo... no es verdad; sería como negarle a nuestra gran amiga el don mismo del pensamiento, sería como suponerlo todo en manos de la simple inspiración, de la simple adivinanza. (2010a: 873)

Referencias

- ABELLÁN, J.L. (2006a), *María Zambrano. Una pensadora de nuestro tiempo*, Barcelona: Anthropos.
- ANDREU, A. (ed.) (2002a), *Cartas de La Pièce (correspondencia con Agustín Andreu)*, Valencia: Pre-textos.
- ANDRÉS COBOS, P. DE (1969), *Juicios y figuras*, Madrid: Ancos.
- ANDRÉS CASTELLANOS, S. DE, Y MORA GARCÍA, J.L. (eds.) (2011), *De ley y de corazón. Historia epistolar de una amistad. María Zambrano Alarcón – Pablo de Andrés Cobos. Cartas (1957-1976)*, Madrid: Caja Segovia. Obra Social y Cultural / Ediciones UAM.
- CELA, C. J. (2009), *Correspondencia con el exilio*, Barcelona: Destino.
- CHACEL, R. (1982), *Alcancía*, Barcelona: Seix Barral.
- DUQUE, A. (2002b), *Mano en candela*, Valencia: Pre-Textos.
- EGUIZABAL, J.L. (2004a), “Zambrano- Valente: la destrucción y el amor” en Beneyto, J.M. y González Fuentes, J.A., *María Zambrano, la visión más transparente*, Trotta: Madrid, pp. 147-56.
- FORNIELES, J. (ed.) (2006b), *Correspondencia José Lezama Lima-María Zambrano, María Zambrano-María Luisa Bautista*, Sevilla: Renacimiento.
- GAYA, R. (2010a), *Obra Completa*, Valencia: Pre-Textos.
- JANÉS, C. (2004b), “María Zambrano, retrato con figuras” en Beneyto, J.M. y González Fuentes, J.A. (coord.), *María Zambrano, la visión más transparente*, Trotta: Madrid, pp. 47-59.
- LAURENZI, E. (ed.) (2019b), *Hasta pronto, pues, y hasta siempre. Cartas 1955-1990. Elena Crocè/ María Zambrano*. Quirós, E (trad.). Valencia: Pre-Textos.
- MASCARELL, R. (ed.) (2017), *Alfons Roig y María Zambrano. Epistolario (1955-1985)*, Valencia: Institució Alfons el Magnànim.
- MORA GARCÍA, J. L. (2006c), “El significado de la revista Ínsula en la cultura y la filosofía española del último medio siglo (1946-2000)”, en Melly del Rosario (ed.), *Pensamiento español latinoamericano contemporáneo II*, Cuba: Feijoo, Universidad Central de Las Villas, pp. 79-112.
- _____ (2010b), “Correspondencia entre María Zambrano y Mariano Quintanilla” en *Revista de Hispanismo filosófico*, Núm. 15, pp. 201-15.
- _____ (2019a), “Araceli Alarcón Delgado” en Moreno Yuste, J.M. (coord.), *Segovia 1900-1936. Diccionario Biográfico*, Segovia, Real Academia de Historia y Arte de San Quirce.
- MORENO SANZ, J. (2014), “Cronología de María Zambrano” en Zambrano, M., *Obras Completas VI*, Moreno Sanz, J. (coord.), Barcelona: Galaxia Gutenberg/ Círculo de Lectores.
- SERANTES, M. A. (2008), “Correspondencia José Ángel Valente-María Zambrano”, en *Boletín galego de literatura*, Núms. 39-40, pp. 317-328.

- _____ (2010c), “Correspondencia Rafael Dieste-María Zambrano”, *Boletín galego de literatura*, Núm. 43, pp. 259-271.
- TOMERO ALARCÓN, R. (1999), “Fueron dos las notas del silencio”, *Aurora: Papeles del seminario María Zambrano*, Núm. 1, 132-4.
- TRAPIELLO, A. (2001), *Salón de los pasos perdidos 5. Los caballeros del punto fijo*, Barcelona: Destino.
- VALENTE, J. A. (2000), *Anatomía de la palabra*, Fernández Quesada, N. (ed.), Valencia: Pre-Textos.
- _____ (9 de febrero de 1996), “La doble muerte de María Zambrano”, *ABC* Madrid, p. 3. Recuperado de www.abc.es/archivos/periodicos. Fecha de consulta [02/03/2021].
- _____ (2014), *Poesía completa*, Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de lectores.
- ZAMBRANO, M. (1977), “Hora de España xxii” en *Hora de España, revista mensual* vol. 5, Caudet, F. (ed.), Vaduz Liechtenstein: Topos Verlag Ag/ Barcelona, Laia pp. III-XXXI.
- _____ (1989a), *El hombre y lo divino*, Madrid: FCE.
- _____ (1989b), *Delirio y destino (los veinte años de una española)*, Madrid: Mondadori.
- _____ (1993), *Claros del Bosque*, Barcelona: Seix Barral.
- _____ (2004c), *Los bienaventurados*, Madrid: Siruela.
- _____ (2007), *Algunos lugares de la poesía*, Ortega, J. F. (ed.), Madrid: Trotta.
- _____ (2010d), *Esencia y hermosura*, Antología, selección y relato prologal Ullán, J.M., Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- ZAMBRANO, M. Y RIVAS, R. (2004d), *Epistolario*, Caracas (Venezuela): Monte Ávila.
- ZAMBRANO, M. Y SIMONS, E. (1995), *Correspondencia*, Madrid: Fugaz.

Cartas a María Zambrano consultadas en la Fundación María Zambrano

- DUQUE, A.: Quince cartas entre 1966-1981.
- ORTEGA, S.: Una carta 30/03/1966.
- ZAMBRANO, D.: Seis cartas 1965-1977.

